

Bienaventuradas las mujeres que habiendo llorado hasta dormidas, enjugan una última lágrima, la que colma y da fuerza para partir...

Emilia se bajó y empujó el portalón para que el coche pasara y quedara aparcado en el zaguán. Después, andando de puntillas, evitando que los tacones se le clavaran entre los guijarros que empedraban el suelo, llegó hasta los tres escalones de mármol que alcanzaban la puerta de la casa y los subió mientras buscaba el bolso de mano, forrado de seda natural con incrustaciones de pedrería, las llaves. Casi no había terminado de abrir cuando su marido, impaciente, empujó atropelladamente la aldaba y, pisándole el zapato, entró. Ninguno dijo nada. Él se fue a la sala y ella subió a su dormitorio, habiendo revisado un par de veces que la puerta quedara bien cerrada, con la cadena puesta y los cerrojos echados. La habitación estaba en penumbra. Descorrió las cortinas, se descalzó, se desabrocho como pudo la fila de botones que recorría su espalda y, con delicadeza, colgó el vestido. En combinación, se sentó en el peinador y, ante el espejo, con cuidado, se desprendió el tocado que, allí mismo, horas antes, la peluquera le había fijado al moño italiano con cientos de horquillas. Cuando se quitó la última, su melena castaña cayó sobre los hombros envolviéndola. Se miró unos instantes y no se reconoció. La luz del atardecer entraba por la ventana tiñendo de ocre, como de oro, aquella jaula en la que vivía desde hacía treinta y cuatro años, siete meses y ocho días. Un reguero de lágrimas surcó el maquillaje y, cuando se lo limpió, volvieron a aparecer la piel apagada, las rayas moradas y profundas de debajo de sus ojos y labios sin vida. Se recogió el pelo, se quitó los pendientes y el anillo de brillantes, la pulsera de pedida, el reloj y la alianza, y los coloca en el joyero junto al resto de valiosas piezas que formaban el rosario de los remordimientos. Sacó del fondo del vestidor una pequeña maleta de carón y la abrió en el suelo para no rozar siquiera la colcha adamascada. Se puso el vestido de algodón descolorido y las alpargatas que estaban dentro. Guardó unas fotos de sus hijos y sus nietos sin los marcos de plata, un velo que había sido de su madre y un par de pañuelos de su padre. La cerró y, con paso seguro, bajó a la sala. Su marido estaba somnoliento, apoltronado en una butaca, fumando un puro y bebiendo una copa de cognac. Emilia se puso ante él, con voz queda pero firme, le dijo:

_Gonzalo, me voy. Hoy, que se ha casado el pequeño de nuestros hijos, ha sido mi último día en esta casa. Así me lo propuse cuando no pude más. Decidí esperar hasta que se fueran para no dejarlos solos contigo en medio de este infierno que convertiste nuestras vidas... Sé que no te duele que me vaya porque nunca me has querido. Lo que abrumba es pensar qué dirá la gente, con la imagen de la familia feliz que tenemos... No te preocupes, culpame a mí... Cuenta lo que siempre me has achacado, que estaba nerviosa descentrada y que me has ingresado en una clínica para que repose. El resto de los insultos queda entre nosotros porque a mí misma me humilla recordarlos. No me llevo nada. Tampoco lo quiero, porque cada cosa de esta casa para mí sería el recuerdo permanente del dolor, la angustia y del miedo. Me voy con lo que traje. Lo guardé para no olvidar nunca quién era y de dónde venía, pero no hizo alta ya te encargaste tú de recordarme cada día que me habías sacado del arroyo... Y es verdad, allí me conociste, trabajando, como tantos campesinos más, tus tierras, metidos en fango o soportando un sol de justicia... Pero yo era joven, por lo visto guapa, y te encaprichaste... Mira que me resistí, pero siempre has sido hábil para mentir, así que me conquistaste con falsas promesas y supuestos halagos que terminaron el mismo día que nos casamos. Desde entonces me has tratado como si fuera tu esclava, dándome órdenes, decidiendo por mí,

reprendiéndome, amenazándome con coacciones y chantajes.., hasta hoy... Adiós, Gonzalo.., adiós.

Emilia se marchó. Partió de la casa y partió con esa vida. Salió dejando la puerta de par en par, con los cerrojos descorridos y la cadena colgando.